

Antología*

El arte de la poesía

Al principio, la mente se siente magullada.
La luz hace blancos agujeros a través del negro follaje
O la niebla esconde todo lo que no es ella misma.

¿Pero cómo dirá uno eso?
Siendo así que, cuando la verdad no es suficientemente buena
Exageramos. Proporciones

Materia. Es difícil atraparlas de manera adecuada.
Debe de haber algo
Superfluo, nada que no sea elegante
Y nada que sea si es simplemente eso.

Este verde crepúsculo tiene orillas violeta.

Las mariposas amarillas
Que apresuradas se trasladan
Desde las flores escarlata a las de bronce
Desaparecen mientras aparece la tarde.

Observación de hechos

Los hechos no tienen ojos. Uno debe
sorprenderlos como sorprende un árbol
Al observar sus (¿diré?)
Facetas de copiosidad.

* Escogidos del volumen
Collected Poems, Oxford
University Press (1987). En
español se encuentran poe-
mas de Tomlinson en Vuelta
(México), Syntaxis, Revista
Atlántica. Una antología, La
insistencia de las cosas (di-
versos traductores) aparecerá
en la editorial Visor; tam-
bién, en prensa, Poemas re-
cientes, Ed. El Castillo Es-
trellado (traducidos por
Juan Malpartida).

El árbol permanece.

La casa delimita.

La habitación florece.

Estos son hechos desnudos de imaginación:
Su relación es mutua.

Una dríade es una especie de quimón
Entre un árbol y yo.
El árbol permanece: o no permanece:
Mientras descorro o quito la cortina.

La casa delimita: o no acierta a significar
Como estando corporeizada contra uno,
Como algo con lo que uno tiene que ver.

La habitación florece una vez que uno ha introducido
Fibra mental debajo de su elegancia,
Uno o dos tiestos toscos, que sobrepasan
La persistencia de perifollos
En las sombras de lámpara o en el papel de la pared.

El estilo dice lo que fue visto,
U oculta la observación
Detrás del observador: una voz
Que lleva puesta gola.

Aquellas facetas de copiosidad que yo proponía
Existen, lo hacen cuando nosotros nos callamos.

Poema

Dado la vuelta, se acurruca con unos miembros rotos
A punto de echar a correr. Ya no atemorizado
Sino que sorprendido en esta vigilancia
Muestra la enemistad de su ahuecado corazón.

Humedecida carne de madera, en suave pasta convertida
De marga y blanca astilla, se suspende
Donde en lo alto la raíz rasgada
Vomita sus heridas a una orquídea andrajosa.

Las estaciones se desnudan, pero no te domeñan.
Asiento en que te vuelves más suave
Cuando estás vaciado y donde el corazón se hace pedazos
El vacío articula un silencio ensayado.

Ibas a impresionar pero sólo asustaste. Tu cómplice
El ocaso, arrastra sus sombras hasta aquí
Deliberado e insociable: yo te dejo
Con tu significado, solo contigo mismo.

Epitafio

Enamorado por
La brevedad del método,
«La musa iletrada»
Ahora mejora
Su favorito ingenio
En la retórica
—A saber, la pretensión
De no tener ninguna.
Wordsworth admiraba
Al inscrito y con nombre
Niño de un día de aquella
Que ingenuamente concebía
Esta sin fecha
Y con las iniciales tumba.

Historia

Ésta es la congruencia inadvertida:
El muchacho que grita «Toro»
Porque conduce uno
Ante ese viejo carro
Que el adviento de invierno

Convertirá en astillas.
Él no repara en ello
Ni advertirá su ausencia
—Él mismo es el guardián
De una continuidad que no percibe
Y que —le otorga medios—
Le perjudicará de buena gana:
Admira pero no veneres
A este filósofo inarticulado.

Líneas

¿Habéis visto el arado
que en su camino engendra
surcos línea trás línea
hasta llenar la tierra?

Y lo que admiro en esto
no es la completa página
y toda la insaciable
actividad para llegar a ella

sino cuando aquel surco
más queda ya acabado
y el tractor duda:
otra línea para ser comenzada

y luego arrastra y gira
la reja a jorro y esa
vuelve también al nuevo
y creciente canal

y cada reversión así
al mitigar la agresión pura
prepara para el concertado
apresurado de la operación,

luego la oscuridad y la frescura
el rocío carcomiendo el intento
abandonado mecanismo
que la consumación contempla.

Cuervo

El ojo que inspecciona
tiene un aspecto frío
entre la inquieta iridiscencia
de la cabeza.
Se sienta todo el pájaro
meciéndose en ventaja
y desgarbadamente. La mirada
que a solas está firme
y un deseo tras ella
ajusta la postura,
toda disposición corrige
para acción torpe alguna.
La acción habrá de ser
tan impecable como el ojo
en un descenso concertado
ya sobre la carroña; o para contemplarlo
cómo vuela —la insolencia
transfiere al extremo del ala
y la acción se atavía
de una facilidad que es despiadada,
toda negra asunción
alzando ligereza.
El pájaro golpeado
inaccesible a las insinuaciones
del viento, «Quédate
donde estás» es
lo que dice y nosotros
cual torpes nadadores
en aquel elemento
nos quedamos para sobrellevar
con desgarbados ojos
afrentados testigos de sus maneras en el aire.

El haya

Desnudamente muscular, ya no se queja el haya
De su dosel perdido, ni se avergüenza
De su desorden. Los jirones se esparcen

Al lado del gran pie. Se mueve
Y no es sino ella misma aquello que se mueve.

Hilos de araña

Otoño. Una neblina es dorada
Por definición. Iluminaba ésta
El hilo de las telarañas
Que entretejían en su entorno
Entre las sombras y de nuevo
En los espacios que se mecen y a los que el sol
Necesitaba en el follaje. Ahora
Vi yo para qué eran
Los resplandores estos, en la hierba, en el aire,
De certezas que traman y cabalgan
Las corrientes en su tenue zancada
Y, mientras fluyen, deben de tocar
Cada brizna de hierba y, al tocar, conocer
Su verde resistencia. Indefinida
La neblina de otoño en la memoria
Es pátina, es oro.

El Jefe Agua Estancada o mi noche en la reserva

El Jefe Agua Estancada
me explicó

todo —
de qué forma

dejó la reserva
(él fue el único

indio de cuantos
conocí que

favoreciera la explicación
explicación)

luego su
conversión

(*Jesús Salva*
la Cortesía paga —

la casa
estaba llena de textos)

y su
vuelta a

«las costumbres de mi pueblo»
aunque nunca

había (según dijo)
perdido

lo que la civilización
le había enseñado —

la casa
estaba llena de libros

libros como *El Libro*
de Mormón

un folleto
sobre la Coronación

un ejemplar de Blavatsky
(olvidado por un huésped anterior)

— su *Secreta Doctrina*:
¿lo había

leído? Oh, había
leído

lo. Me gusta
mi lectura

seria
dijo:

tocó
al tambor

una canción
de hacía

cien mil años —
que hablaba

de cómo su pueblo
había venido

desde Yucatán
y que predecía

al hombre blanco:
oías

palabras
como

No sé
O.K.

incrustadas en
el verso arcaico

de manera
inequívoca

y escucha
dijo

se hacen *Cortesdepelo*
y lo cantó

de nuevo y mira
tengo el pelo

cortado:
cómo es que ahora

después de cien mil
años

los arqueólogos
no —saben—

nada: y
al despedirse:

esto no es
dijo

un motel pero
la señora Water y yo

tenemos
nuestros

planes para una
próxima

vez que
usted venga

quizá...
pagué

la cuenta
y reconsiderando

los textos
con arreglo a los cuales vivían

él y
la señora Water

era un
pelín excesiva

*(Jesús paga
la Cortesía salva)*

Y así fue mi
noche

en la
reserva.

En Connecticut

Blancos, estos pueblos. Blancas
sus iglesias sin altares. La primera nieve
cae a través de un cielo blanco grisáceo
y la blancura de la rama de abedul se torna
más blanca todavía contra el gris. Blanca
la hilera de columnas (cada
una es un árbol aislado), las paredes
sin esculturas. «Esta iglesia fue fundada
en 1741. En 1742
mediante acta de la Asamblea General de Connecticut
se incorporó este territorio
y se le llamó Judea».
El sol avanza y los olmos
entran como sombras de encaje, luego
salen de nuevo. Blancos...
«El señor cura es bueno. Es un ministro
en la iglesia, y un hombre fuera de ella». —repartidos
con la misma convicción clara
de su invitación, cuando
inclinándose, apoyándose
en la ventana que estaba limpiando
había dicho ella: «Nuestras puertas
están abiertas siempre».

Cartas desde Amherst

para Edith Perry Stamm

Llegaban cartas desde Amherst. Estaban escritas
 En una caligrafía tan peculiar que parecía
 Que el escritor hubiera aprendido la grafía al estudiar
 Las famosas huellas de pájaro fosilizadas
 Del museo de aquella ciudad universitaria. Puntuación
 Había poca, excepto los guiones: «Mi compañero
 Es un perro», decían, «Son mejores
 Que los humanos, porque saben pero no dicen».
 Y con la misma escritura, como de pájaro: «Usted cree
 Que mi paso es "espasmódico". Estoy en peligro, señor.
 Piensa que soy una incontrolada. No tengo tribunal».
 La gente: «Habla de cosas sagradas en voz alta
 Y avergüenza a mi perro. Les dejo oír
 Un ruido insonoro en el huerto. Trabajo
 En mi prisión donde fabrico
 Mis propios invitados». La primera de estas
 Cartas estaba sin firmar, pero guardaba
 En un segundo envoltorio más pequeño
 Dentro del más grande, lo que le faltaba a la carta —
 Una firma, escrita a lápiz en una tarjeta,
 Como si el escritor deseara
 Retirarse lo más posible de la vista
 En el cuarto de arriba
 De la tibia y cuadrada mansión donde ella escribía
 Cartas desde Amherst...

Pequeño poema de acción

Para Robert y Bobbie Creeley

Llegar
 inesperadamente
 de ninguna parte:
 luego:
 habiendo hecho
 aquello para lo que

uno vino,
marcharse.
La puerta
está ahora abierta
la que antes
ni estaba
abierta
ni estaba allí.
Es como
Chopin
sacudiéndose
la música de los dedos,
haciendo aquello
en lo que
todo es
o técnica
elevada a brujería
o nada sino notas.
Llegar
inesperadamente
a algún sitio
y el acorde
final, y la final
palabra.

En un jardín de Cambridge

para Octavio Paz

Otra ciudad y tiempo —y quedaba muy poco
Antes de que te fueras a marchar. Los castillos de España
Aguardaban compactos tu oficial recorrido
Mientras que Wren allí nos retenía. Allende aquella columnata
En sombra y arqueadas, como si soldados italianos
Hubieran colocado las losas ahora en eco —y nos encaminamos
Hacia otros parques cuyas sombras al mediodía
Parecían proyectadas de árboles tan robustos

Yo estaba a punto de decir, como aquellos que crecen
Hasta en el mismo México —pero no, este plátano,
Esta cobriza haya, toman ambos su escala
De su propio escenario, y no podrían
Estar si no es aquí, su poder se contiene
Junto a una tapia inglesa. Si te hubieras quedado
Hace unos veinte años, si yo me hubiera ido
A vivir a la casa de la Marisma de las Nueve Millas
Mis niños habrían sido americanos y tú
Un exótico en este jardín de Cambridge. Pero
Estas indagaciones sobre pasadas posibilidades
Sirven tan sólo para decir que teníamos
Razón para escoger las diferentes parsimonias
De los lugares a los que pertenecíamos. Pensé
Que podría enseñar a mis paisanos a mirar
La luz cambiante inglesa, como el agua
Que gotea de la regala que surca el mar,
Mostrándole el camino al mundo entero
Bañándose en el sol, la nube y el espacio,
Bulle a través del día mientras sigue su curso
Cambiante. En resumen, yo me quedé. Tu vida,
Opuesta siempre a la rígida summa
De los tomistas metidos a políticos, se hizo
Cada año más pública, y la mía
Acaso más sociable en su retiro
Que aquella que contempla un panorama
De despobladas tierras blancas por la nevada.
¿Y qué hubieras echado más en falta?
Lo primero, lo sé, habría sido el color.
Pues no podemos pretender que las exhalaciones de esta isla
No apaguen la aspereza de aquella claridad
Que incendia en rojos, en ocre o en naranjas
Las tapias mexicanas. La tierra bajo ellas
Viste estameña parda franciscana—
No es triste porque se vea a primera intensidad
Bajo luz semejante. A algunos, me supongo,
—No a ti —los colores de un sitio podrían resultarles
Parva razón para vivir en él—
Hizo falta un inglés (John Locke),
Exiguo y preciso, que los llamara «secundarios».

Y en esto es en lo que coinciden moderación y fanatismo
 —Creo que cuando Mercader asesinó a Trotsky,
 Los colores de aquel jardín de Coyoacán
 Pintaban poco: se apresuró por ellos,
 Arrastrado por la idea de qué es lo que iba a hacer,
 Volvieron los sentidos a su consecución.
 Así que te volviste. A la monotonía del monóxido
 Que infecta los árboles de Mixcoac
 «No hay más jardines», tal como tú dijiste,
 «Que los que llevamos dentro». Ahora también nosotros
 Debemos darnos prisa por la hospitalidad
 De éste, listo ya para el coche
 (Se abren las verjas) que te aguarda
 (Y la calle se asoma). Y de esta forma coincidimos
 Y contra la distancia, el viento o la marea, nos vemos
 Y el uno al otro traducimos nuestros mundos,
 Nos saludamos en verso. Un poema es en sí
 Una especie de jardín —movemos las manos del adiós—
 De temporada en cualquier tiempo mientras le ofrecemos
 Nuestras cambiantes estaciones perdemos de vista
 El coche que se lanza rapidísimo y es uno ya
 Con este tráfico y el sol mitad-de-Mayo.

Charles Tomlinson

*(Traducción de Margarita
Ardanaz)*